

del Danubio, la Turquía asiática y la Grecia. ¿Y qué arbitrio resta mientras tanto al gobierno ruso para poner término al estado monstruoso en que yacen sus monasterios? ¿Dónde irá á encontrar un espíritu renovador que anime á sus individuos postrados en tan lamentable situacion? Yo no lo diviso: principiando por el santo sínodo y siguiendo por la jerarquía de las dignidades eclesiásticas, veo á todos trabajados poco mas ó ménos por el mismo mal, veo que entre sus manos se han prostituido estos asilos de la piedad; y veo que ellos los miraron impasibles marchar á su ruina, sin aplicarles el remedio conveniente. Lo encuentro ménos en el zar, pues, por omnipotente que lo crea el servilismo de la Iglesia rusa, sus arbitrios todos han fracasado cuando fueron á estrellarse en la relajacion monacal. Las leyes que no ligan la conciencia son ineficaces para reformar institutos espirituales: podrán producir á veces efectos saludables exteriores, que durarán solo el tiempo que un brazo de hierro las mantenga en vigor, pero sin producir el objeto á que se las destina, ni bien alguno material de cualquiera especie que sea. Este no puede ser sino el resultado de la conciencia que, ó se somete á los preceptos que la ligan, ú obedece á las propias convicciones, porque experimenta en sí misma una fuerza eficaz que la hace obrar bajo la influencia saludable de aquella autoridad, cuya voz secreta sabe que debe respetar. ¿Qué valieron las tentativas del autócrata para reformar los monasterios de su imperio? Nada. Él ha podido por medio de la fuerza bruta arrasar las iglesias católicas, convertir los conventos en casernas, darlos á los cismáticos y apóstatas, sepultar sus frailes y sus monjes en las nieves de la Siberia; pero á la vez que perseguía estas instituciones, tan ejemplares como las que subsisten aun en la Polonia austríaca, y cuyos miembros en su glorioso mártirio mostraron conservar el fervor de su instituto, no ha podido mejorar ni una línea la disciplina de las instituciones *ortodoxas*, de que él se llama padre y protector. El principio

del deber no existe en la conciencia de sus claustrales: su reforma, por consiguiente, es imposible.

Pero en vez de virtudes, fruto del fervor cristiano, hallamos en Rusia una profusion de fiestas y ceremonias religiosas cual no se ve semejante en otro país del mundo. Los presbíteros por su parte multiplican las procesiones, que recorren distritos enteros, y cuyo tránsito por los pueblos es celebrado con regocijos en que reinan la embriaguez y la disolucion. Los milagros que atribuyen á tales ó cuales imágenes de santos son anunciados á los devotos con gran solemnidad, y los labios de los popes, que no se desplegan para predicar al pueblo la doctrina del Evangelio, se desatan entónces para referir una multitud de patrañas que prueban la eficacia de la devocion al héroe que solemnizan, y arrancan de paso á la multitud ignorante limosnas que entran á llenar el déficit de sus presupuestos individuales.

Yo encuentro mucha semejanza entre las prácticas de los mahometanos para honrar á sus *Evlialer* ó santones, y las de los Rusos para dar culto á los cismáticos que los decretos del zar colocan en sus altares. Allá, recorriendo los campos de la Turquía, acontece con frecuencia hallarse cerca de los caminos algun *tulbe* ú oratorio, en cuyos muros se ven colgadas las ofrendas que los fieles han venido á colocar como muestras de agradecimiento, y en su rededor de vez en cuando se oye la bulliciosa algazara de los devotos que celebran un pretendido milagro obrado por el fiel servidor de Alá: las genuflexiones del mueslin, sus movimientos del cuerpo y contorsiones de brazo ofrecen un conjunto ridículo que autoriza la fe del Alcoran. Acá, entre los que se dicen *ortodoxos*, el cadáver de un viejo monje, encontrado en el coro de un monasterio cualquiera, recibe, sin otro título que el deseo de poseer nuevos obradores de milagros, el título de santo. El honor de los altares le es concedido sin mas prueba de santidad que la codicia de los popes, que no cesan de proclamar el poder milagrosa del nuevo taumaturgo.

Al templo acude en tropel una turba que rodea el altar del nuevo santo, y no cesa de cubrirse día por día de ricos dones que le lleva la piedad de los creyentes. La tumba se hace célebre: largas peregrinaciones se establecen periódicamente, y hé aquí asegurada una pingüe renta para el convento ó la parroquia, que ántes era la mas pobre de la diócesis. Pero oid ahora los lances que siguen bien frecuentemente á las patrañas que tienen virtud de producir en Rusia estas reputaciones colosales de santidad: «Ciertos monjes del gobierno de Eskoff descubrieron en los subterráneos de su convento los huesos de un cadáver, que perteneció probablemente á un viejo individuo de la comunidad. No tardaron en canonizarle: ruidosos milagros hicieron famoso al nuevo santo, y ricos dones comenzaron á entrar en las arcas de los *piadosos* reclusos. Una sequedad extraordinaria vino al mismo tiempo á afligir el país, y los acongojados paisanos acudieron á pedir las aguas por intercesion de su nuevo protector. Mas la lluvia no vino, á pesar de las ofrendas puestas en mano de los monjes. Furiosos los paisanos creyéndose engañados, escalaron por la noche los muros del convento, entraron en la iglesia, y sacando al santo de la caja, le desnudaron de las galas que le cubrían, y le maltrataron con golpes desapiadados (1).»

Es sabido que canonizar un muerto corresponde en la Rusia al pueblo con los obispos, así como al soberano aprobar el culto de que aquellos lo creyeron digno. Nada debe por eso asombrarnos ver á la Iglesia *ortodoxa* honrando entre los santos á Alejandro Newski, que ciertamente no dejó al mundo los ejemplos mas perfectos de buena fe ni de generosidad, y al patriarca griego Sergio, tan famoso por su ambicion como por sus imposturas, un siglo despues del cisma del Oriente. La Iglesia *ortodoxa* fué harto fecunda para producir santos de esta especie todo el tiempo que pudo contar

(1) Léouzon-Leduc.

con la voluntad del autócrata para insertarlos en su calendario; mas desde que aquel al presentar á la pública veneracion los descuadernados restos de un individuo de la especie humana encontrados en Kasan: «Basta de santos, dijo, este será el último,» se esterilizó hasta el punto de no encontrar uno solo que pueda alegar título para el honor de los altares. Esta multitud de santos y de festividades, léjos de hacer al pueblo mas religioso y mas moral, sirve al contrario para dar pábulo á licencias que él se permite en tales oportunidades.

«Yo, dice un hombre bien conocido por su circunspeccion y amor á la verdad, asistí á una fiesta popular que se hacia en rededor del monasterio de Devitscheipol, en conmemoracion de un santo cuyas reliquias visitaban los devotos entre dos copiosas libaciones de *kuscas* (1). El consumo hecho de esta bebida nacional en aquella tarde cualquiera lo estimaria como fabuloso. Los puestos para beber están cerca del cementerio, porque el culto de los muertos sirve de pretexto á los placeres de los vivos. La vírgen milagrosa de Smolensko, segun otros su copia, se guarda en este convento, que encierra ocho iglesias. Á la caida del día entré en la principal; ella me pareció imponente: la oscuridad ayudaba á la impresion del lugar. Las monjas cuidan del adorno de las capillas interiores; ellas desempeñan con exactitud este deber, el mas fácil por cierto de su estado; los mas difíciles se me asegura que son muy mal guardados, porque si se ha de creer á personas competentes, la conducta de las monjas de Moscou nada es ménos que edificante... — Una multitud de Cosacos se veían mezclados entre los concurrentes que se paseaban y entre los bebedores que llenaban la plaza. Grupos silenciosos se formaban en rededor de algunos hombres, cuyas voces penetrantes cantaban palabras melancólicas (2).»

(1) Especie de aguardiente muy usado en Rusia.

(2) M. le marquis de Custine. Lettre xxviii.

Fácil es conocer que una fiesta que se reduce á dar al pueblo ocasion de diversiones licenciosas, no es á propósito para inspirarle sentimientos religiosos; y á la verdad tan distante de estos se encuentra el pueblo ruso, que entre los individuos que concurren á tomar parte en sus solemnidades, muy pocos podrán dar razon de la causa que las motiva. Esa multitud ha estado dentro del templo, pero sin haber recibido en él nada que pueda mejorarle, ni oido máxima alguna que ilustre su conciencia. Los repetidos *Kyries* de que se compone el oficio de sus monjes y los estériles signos de cruz que estos le enseñan como su único símbolo de fe, ved ahí todo lo que ha visto y aprendido durante los oficios de la iglesia.

Concluyamos este cuadro, donde tan solo se perciben imágenes repugnantes, con la ceremonia del *Te Deum*, que los *ortodoxos* repiten no solo en las públicas solemnidades de sus templos, sino tambien en los actos mas privados de familia. Como su religion se alimenta de exterioridades, no debe sorprendernos que las ceremonias exteriores se repitan con tanta frecuencia entre los miembros de la *ortodoxia*. Un acaecimiento cualquiera, realizado en la familia de un hombre rico, trasforma repentinamente los salones privados de la casa en oratorios, donde ofician los popes de la parroquia con las mismas genuflexiones, con el mismo canto y con las mismas ritualidades que en la iglesia: concluido el oficio, se come y se bebe allí mismo; y al conjunto de todo esto se da el nombre de *Te Deum*. Nadie podrá asegurar que la dignidad del culto consigue alguna ventaja en estas funciones domésticas, donde la religion y sus ministros, el culto y sus sacerdotes parecen prosternarse en presencia de los ricos, y entrar figurando entre los medios que halagan su miserable vanidad.

CAPÍTULO XXVIII.

La Religion necesita independencia. — Solo el catolicismo es libre. — La ambicion de dominar es origen de la intolerancia. — Primeras tentativas del cisma. — Persecuciones sangrientas. — El sínodo y la Iglesia unida. — Persecucion de siete años. — El autócrata en presencia de Gregorio XVI. — Falsas promesas. — Situacion actual. — Los Dominicanos en Rusia y sus trabajos. — El protestantismo en Lituania. — Un hecho curioso. — Conclusion.

La experiencia alcanzada en una larga sucesion de siglos ha hecho conocer que la existencia del principio religioso en la conciencia del pueblo está siempre unida á la libertad de la Iglesia, así como el desarrollo de la virtud mas noble de los pueblos, — la fe, — está ligada á la dignidad del sacerdocio. La palabra del sacerdote tendrá eco en el pueblo mientras este la reciba, no como inspirada por la carne ni por la sangre, no como resultado de combinaciones políticas ni como medio de proteger pasiones extrañas, sino como la traduccion fiel del Evangelio, del que es ministro cuando desempeña las funciones augustas de su alto ministerio. Esta consideracion desaparece en el instante que el presbítero, segregado de la autoridad legítima que le señaló el Fundador de la fe, es sometido á otra de cuya influencia debiera permanecer perpetuamente extranjero. El clero ruso, sublevado contra su Jefe espiritual, perdió su fuerza; y esa humillacion que hoy le vemos arrastrando, bien podríamos estimarla como el primer castigo del doble delito de cisma y herejía que lleva estampado sobre su frente. No obstante